

## EL ESPIRITU SANTO Y LA COMUNIDAD CRISTIANA

Si queremos profundizar la relación del Espíritu Santo y la comunidad cristiana, tenemos que señalar, brevemente, cómo queremos pensar el nexo entre ambas realidades tan vitales para nuestra pastoral hoy. Para esto recordemos 2 Co 13, 13, que nos habla de la “comunidad del Espíritu Santo”, la *koinonia tou pneumatos*, una fórmula simple a primera vista, pero complicada en su estructura gramatical, en lo que se refiere al genitivo. Entre las diferentes posibilidades de comprender este genitivo en relación al Espíritu Santo, cabe destacar dos: el Espíritu Santo es el que crea la comunión entre los creyentes -genitivo subjetivo-, y el Espíritu deja participar a los creyentes en la comunión que Él es en relación con el Padre y el Hijo -genitivo objetivo. En nuestra búsqueda, no optamos por uno de los dos significados, sino que tomamos en cuenta ambas posibilidades. Con esto no sólo postulamos que la relación del Espíritu Santo con la comunidad cristiana tiene estas dos facetas, subjetiva y objetiva, es decir, que al interior del misterio trinitario es nexo entre el Padre y el Hijo, sino que también es testigo de lo propio del Padre y del Hijo. Sostenemos así que la comunidad cristiana se constituye desde los creyentes -los que creen, esperan y aman, dice el Vaticano II- y también participa objetivamente en el misterio de Dios a través de estructuras visibles concretas, es decir, la institución eclesial. Si queremos comprender la relevancia pastoral de esta dualidad subjetiva objetiva en la relación Espíritu Santo con la comunidad cristiana, el Documento Conclusivo de Aparecida (DC) nos presta una gran ayuda. Por eso, nos preguntamos: ¿en qué medida el DC articula la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana? ¿Es perceptible la doble articulación subjetiva objetiva en este documento? Y ¿cuál es su relevancia pastoral hoy? El texto nos permite responder a estas preguntas por medio de los siguientes puntos:

1. El Espíritu Santo, origen fundante de la comunidad cristiana
2. La articulación cristológica de la relación Espíritu Santo y comunidad cristiana
3. La acción unificadora del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana
4. La urgencia misionera de la comunidad cristiana hacia afuera bajo el impulso del Espíritu Santo.

### *1. El Espíritu Santo, origen fundante de la comunidad cristiana*

Si afirmamos, que el Espíritu Santo constituye el origen fundante de la comunidad cristiana, debemos recordar que no se comprende teológicamente a la tercera persona de la Trinidad en sí, sino sólo en su relación con el Padre y el Hijo, en el sentido como el Vaticano II habla del “amor fontal”, del cual brota la historia de salvación, la alianza de Dios para con el Pueblo de Israel. En efecto, Aparecida insiste:

*El Dios de la Alianza, rico en misericordia, nos ha amado primero; inmerecidamente, nos ha amado a cada uno de nosotros; por eso, lo bendecimos, animados por el Espíritu Santo (DC 23).*

Como se puede apreciar, es Dios quien pone el fundamento, Él nos anticipa “a cada uno de nosotros” con su amor, que se gesta al interior de la Alianza, es decir, que tiene desde su mismo origen una dimensión comunitaria, colectiva, pues es Pueblo, con el cual Dios establece una alianza que culminará en la Iglesia, comunidad cristiana. Esta doble vertiente individual colectiva se enmarca en el movimiento de egreso y regreso de la historia de salvación, la economía, que se revela como donación divina que despierta al hombre y culmina en su respuesta: la “bendición”, es decir, la acción de gracias. Este movimiento de circulación fundante es “animado por el Espíritu Santo”, dice el texto.

De este modo, el origen fundante de la comunidad cristiana es avalado en su concreción histórica por el mismo misterio de Dios *ad intra*, es decir, la Trinidad inmanente, Dios, quien es Padre, cuyo amor se concreta en el Hijo a través de la Alianza. Emerge así la condición de posibilidad del discipulado, como afirma el Documento:

*Los discípulos de Jesús están llamados a vivir en comunión con el Padre (1 Jn 1, 3) y con su Hijo muerto y resucitado, en “la comunión en el Espíritu Santo” (2 Co 13,13) (DC 155).*

Sin duda, confluyen aquí el aspecto subjetivo y objetivo de la acción fundante del Espíritu respecto de la comunidad cristiana en cuanto “discípulos”. Ellos, pues, son llamados “a vivir en comunión con el Padre y el Hijo”, de tal forma que viven también en comunión entre sí. Llama la atención el ligero cambio del texto paulino que realiza el documento de Aparecida, cuando en lugar de afirmar la “gracia del Señor Jesucristo” habla del “Hijo muerto y resucitado”, explicitando el contenido histórico salvífico de la gracia. Pero es la “comunión en el Espíritu Santo”, la participación objetiva en Él, lo que fundamenta todo, a la vez que esta comunión es objeto de una insistente realización subjetiva, porque los discípulos son llamados a “vivir” esta comunión.

De este modo, se puede comprender la síntesis lograda de la relación fundante del Espíritu Santo con la comunidad cristiana, que establece el Documento, en cuanto interrelación profunda con el misterio de la Trinidad, cuando subraya:

*El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia: “Un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, llamada en Cristo “como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”. La comunión de los fieles y de las Iglesias Particulares en el Pueblo de Dios se sustenta en la comunión con la Trinidad (DC 155).*

El Documento destaca aquí el “misterio de la Trinidad” en cuanto origen fundante, pero especifica sus dimensiones propias más allá de ser “fuente”, en cuanto “modelo y meta de la misterio de la Iglesia”. No se trata, pues, de cualquier comunidad cuya relación con el Espíritu Santo queremos dilucidar, sino de la comunidad eclesial, formada por los discípulos, que además se concretiza en la historia como “pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Pero cabe prestar atención a la centralidad de Cristo, destacada en términos del Vaticano II, y luego al hecho de la interrelación diversificada de “la comunión de los fieles y de las Iglesias Particulares”, sustentada “en la comunión con la Trinidad”. Emerge así la peculiar estructura católica, diversificada en “fieles e Iglesias Particulares”, un matiz significativo para ser tomado en cuenta en la relación del Espíritu Santo con la comunidad cristiana. De ahí que resulta evidente la siguiente insistencia de DC, cuando recuerda:

*A veces, olvidamos que la unidad es, ante todo, un don del Espíritu Santo, y oramos poco por esta intención (DC 230).*

Resalta, explícitamente, el origen fundante de la unidad en cuanto “don del Espíritu Santo”. Lo que esto implica, podemos apreciarlo en Ef 4, 1-3, pues dicho texto destaca con fuerza la consecuencia concreta que emerge de este don recibido; ya que no sólo anticipa todo esfuerzo unificador en cuanto don, sino que también conlleva la necesidad de orar “por esta intención”, así, el don se constituye en permanente tarea. Esto vale no sólo para el momento presente, sino desde sus orígenes históricos, como sintetiza el Documento:

*La experiencia de la comunidad apostólica de los comienzos muestra la naturaleza misma de la Iglesia en cuanto misterio de comunión con Cristo en el Espíritu (DC 547).*

Aquí se recuerda la experiencia de la comunidad apostólica, pero también se identifica esta experiencia con “la naturaleza misma de la Iglesia”. El Documento afina esto cuando señala: “En cuanto misterio de comunión con Cristo en el Espíritu”. Se explicita así el profundo nexo entre Cristo y el Espíritu, en el cual se inserta la comunidad cristiana desde uno de sus componentes más vitales.

*En síntesis:* a través de afirmaciones contundentes el DC permite apreciar el vínculo fundante entre el Espíritu Santo y la comunidad eclesial en su dimensión trinitaria, que desafía la concreción historia pascual, centrada en la persona de Cristo y su nexo indisoluble con el Espíritu Santo. Esto significa que el Espíritu Santo no se encuentra fuera de la Iglesia en cuanto institución, sino al interior de ésta, expresando aquella peculiar articulación cristológica de las estructuras institucionales de la comunidad cristiana, que veremos a continuación.

## *2. La articulación cristológica de la relación Espíritu Santo y comunidad cristiana*

Cuando reflexionamos sobre la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana, nos encontramos con el doble peligro: o negamos la índole institucional de la comunidad cristiana y la transformamos en un grupo carismático, sin mayor ligazón jurídica, o exageramos dicha índole jurídica y el Espíritu Santo desaparece en la reglamentación canónica. El DC evita ambos peligros y ofrece una estrecha compenetración de la dimensión objetiva subjetiva a partir de la relación de la persona de Cristo y el Espíritu Santo. Vale decir, *gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo* (DC 14) la comunidad cristiana tiene una estructura visible y espiritual a la vez, o sea, vive por el Espíritu. Esta interrelación se concretiza en una visión realista de la comunidad cristiana, centrada tanto en los discípulos como en la persona de Cristo, su Maestro, pero animada por el Espíritu Santo, en la medida en que los discípulos siguen a su Maestro.

Esto es descrito por el Documento en los detalles históricos propios de la revelación progresiva de dicha interrelación entre Cristo y el Espíritu, desde los comienzos de su vida pública. Dice al respecto:

*Jesús, al comienzo de su vida pública, después de su bautismo, fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para prepararse a su misión (cf. Mc 1, 12-13) y, con la oración y el ayuno, discernió la voluntad del Padre y venció las tentaciones de seguir otros caminos. Ese mismo Espíritu acompañó a Jesús durante toda su vida (Hch 10, 38). Una vez resucitado, comunicó su Espíritu vivificador a los suyos (Hch 2, 33) (DC149).*

Apreciamos cómo el texto se refiere a los momentos significativos de la vida del Jesús histórico, momentos en que los evangelios permiten constatar la acción del Espíritu en el mismo Jesús. El texto destaca luego que este Espíritu de Jesús es comunicado de los suyos, de tal modo que:

*A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas (1 Co 12, 1-11) y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización (cf. 1 Co 12, 28-29). Por estos dones del Espíritu, la comunidad extiende el ministerio salvífico del Señor hasta que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos (cf. 1 Co 1, 6-7) (DC 150).*

El texto destaca la continuidad de la acción del Espíritu en Jesús, el portador del Espíritu por excelencia, y las irrupciones del Espíritu en la comunidad cristiana, donde los diversos dones y carismas atestiguan la presencia del Espíritu, señalando que gracias a esta presencia del Espíritu a través de Sus dones, la Iglesia es edificada y se pone a disposición de la evangelización. Es llamativo el uso del texto paulino 1 Co 12 ,28-29, texto que atestigua un ordenamiento jerarquizado de los dones, que se identifican con los apóstoles, los profetas y doctores; una jerarquización cuyo carácter de donación queda mejor puesta de relieve en Ef 4, 12s, donde los portadores de los dones del Espíritu se identifican con los mismos dones, es decir, los ministros son dones. Emerge así la estructura concreta jerarquizada de la comunidad cristiana que le da una consistencia dinámica “hasta que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos”.

Dentro de este dinamismo histórico salvífico objetivo el Documento resalta el aspecto subjetivo respecto de la acción del Espíritu, pues:

*Los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios (DC 157).*

Llama la atención que pese de que se trata aquí de una acogida subjetiva de parte de los cristianos, el Documento ponga el acento en un aspecto objetivo importantísimo: la confesión de fe en “Jesús como Hijo de Dios”, ya que dicha confesión congrega, precisamente, a los cristianos desde dentro y los constituye en comunidad. Insiste el Documento:

*Su Persona y su obra son la buena noticia de salvación anunciada por los ministros y testigos de la Palabra que el Espíritu suscita e inspira (DC 172).*

Resalta aquí la importancia de los ministros y testigos al servicio de la Palabra, teniendo ellos su origen en el Espíritu Santo, quien “suscita e inspira”. Como en Ef 4, 12ss, queda subrayado así el origen gratuito de estos ministros y testigos. En efecto, el Espíritu Santo es el origen e inspirador de un ministerio visible y concreto, totalmente centrado en la persona de Cristo. Pese a la concreción objetiva con que el Documento enfoca dicho ministerio, advierte también su dimensión subjetiva cuando señala:

*El sacerdote no puede caer en la tentación de considerarse solamente un mero delegado o sólo un representante de la comunidad, sino un don para ella por la unción del Espíritu y por su especial unión con Cristo cabeza (DC 193).*

Cabe fijarse aquí en la identificación y configuración objetiva del ministerio con Cristo Cabeza en cuanto don, arraigado en la unción del Espíritu y la unión especial con Cristo. Resalta no sólo una advertencia individual del Documento para con el sacerdote de tomar en serio la acción del Espíritu en su vida de ministro consagrado, sino también se refiere explícitamente a la dimensión colectiva del Pueblo de Dios, que

*siente la necesidad de presbíteros-discípulos: que tengan una profunda experiencia de Dios, configurados con el corazón del Buen Pastor, dóciles a las mociones del Espíritu, que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía y de la oración...movidors por la caridad (DC 199).*

Cuando el Documento plantea aquí la exigencia comunitaria respecto de sus ministros, que necesita que tengan una “profunda experiencia de Dios” en la configuración con el “corazón del Buen Pastor”, docilidad a “las mociones del Espíritu”, emerge un ideal de sacerdote en cuanto portador del Espíritu, entregado a la Palabra de Dios, la Eucaristía y la oración, pero en definitiva, “movidors por la caridad”. Este ideal exigente es consolador, porque no es realizable por meros esfuerzos humanos, sino sólo en el Espíritu; es dado, a la vez que requiere permanente actualización concreta, pues:

*El encuentro con Cristo, gracias a la acción invisible del Espíritu Santo, se realiza en la fe recibida y vivida en la Iglesia (DC 246).*

Desde la insistencia en los ministros, el Documento pasa luego a centrarse en los mismos fieles, para resaltar la dimensión más propia de su ser:

*Es Dios Padre quien nos atrae por medio de la entrega eucarística de su Hijo...con el que salió al encuentro de sus hijos, para que, renovados por la fuerza del Espíritu, lo podamos llamar Padre (DC 241).*

El documento evoca aquí la experiencia de la filiación en “la fuerza del Espíritu”, que sin duda, remite a textos paulinos muy importantes, sobre todo de Rm 8. Pero se centra luego en María, nuestra madre, que es hija por excelencia y nos recuerda una posibilidad inaudita de la acción del Espíritu Santo en el ser humano, ya que afirma:

*En María, nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como asimismo con los hermanos (DC 267).*

La posibilidad de encuentro con Cristo, el Padre y el Espíritu, que aquí emerge del texto como experiencia básica de la comunidad cristiana, en su estructura institucional concreta no se realiza de una vez por todas, sino que está sometida a una renovación “espiritual” incesante:

*De allí nace la necesidad... de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales (DC 367).*

Pese a la exigencia de tal renovación, el Documento está atento a lo permanente que atraviesa las estructuras eclesiales desde sus orígenes y que podemos apreciar en la realización del primer Concilio de Jerusalén, que Aparecida evoca:

*“Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros...” (Hch 15, 28) (DC 547).*

En efecto, la colegialidad del ejercicio eclesial institucional, claramente diseñada en el recurso a esta cita tan significativa de Hch 15, 28, se plasma luego con el dinamismo propio del mismo acontecimiento de Aparecida y su Documento, del cual se afirma explícitamente:

*Fue adquiriendo cada vez mayor densidad y madurez. El Espíritu de Dios fue conduciéndonos suave pero firmemente, hacia la meta (DC 547).*

Impresiona la convicción profunda que tienen los obispos en Aparecida de que el Espíritu de Dios los fue conduciendo hacia una mayor densidad y madurez. Llama la atención que el Documento describa el modo de esta conducción como “suave”, pero firme “hacia la meta”.

*En síntesis*, el Espíritu Santo se hace presente, de modo individual y colectivo, es decir, subjetivo y atento a la objetividad de las estructuras. Permite maduración y profundización hacia una mayor densidad. La índole suave y firme articula un modo respetuoso del Espíritu impetuoso para con la libertad del ser humano.

### *3. La acción unificadora del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana*

El Documento de Aparecida ofrece una elaboración nítida de la acción del Espíritu Santo en interrelación con la institucionalidad de la comunidad cristiana, pero aborda dicha acción con presencia y detalles significativos, cuando reflexiona sobre acción del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana. Se acerca a dicha acción desde constataciones más generales de un reconocimiento *en todo ello de la acción del Espíritu Santo* (DC 9), puntualizándola, primero, en el hecho de la tradición latinoamericana, ya que *hombres y mujeres encarnan dicha tradición y novedad*, transformándose en

*protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu (DC 11).*

De este modo, el Documento insiste en la acción del Espíritu en momentos cumbres de una convivencia enraizada en el origen trinitario, cuando afirma:

*Nuestra alegría, pues, se basa en el amor del Padre, en la participación en el misterio pascual de Jesucristo, quien, por el Espíritu Santo, nos hace pasar de la*

*muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al hondo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda (DC 17).*

Esta alegría lleva a expresiones concretas, que el Documento describe en sus detalles al referirse al método que asume Aparecida como el “camino” cierto hacia los frutos deseados:

*La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia de este método (ver, juzgar y actuar) (DC 19).*

Pese a la certeza metódica, la comunidad, bajo la guía del Espíritu Santo, no se considera impecable, pues admite:

*Nos reconocemos como comunidad de pobres pecadores, mendicantes de la misericordia de Dios, congregada, reconciliada, unida y enviada por la fuerza de la Resurrección de su Hijo y la gracia de conversión del Espíritu Santo (DC 100h).*

Tal reconocimiento bajo la acción del Espíritu Santo no es destructor, sino liberador a la luz de dos citas bíblicas comentadas, pues sabemos que sus palabras son *Espíritu y Vida (Jn 6, 63.68) (DC 103)*. Por eso *lo alabamos porque ahora continúa derramando su amor en nosotros por el Espíritu Santo y alimentándonos con la Eucaristía (DC 106)*. Estos momentos fuertes llevan a la configuración con Jesucristo, que es obra del Espíritu Santo en los creyentes:

*El Espíritu Santo, que el Padre nos regala, nos identifica con Jesús-Camino, abriéndonos a su misterio de salvación para que seamos hijos suyos y hermanos unos de otros; nos identifica con Jesús-Verdad, enseñándonos a renunciar a nuestras mentiras y propias ambiciones, y nos identifica con Jesús-Vida, permitiéndonos abrazar su plan de amor y entregarnos para que otros “tengan vida” (DC 137).*

No cabe duda que la identificación del discípulo con Cristo el Señor, bajo la acción del Espíritu Santo, es un acontecimiento complejo que involucra tanto a cada uno como a la comunidad entera, según lo describe el Documento en los siguientes detalles:

*La Iglesia, en cuanto marcada y sellada “con Espíritu Santo y fuego”(Mt 3, 11), continúa la obra del Mesías, abriendo para el creyente las puertas de la salvación (cf. 1 Co 6, 11). Pablo lo afirma de este modo: “Ustedes son una carta de Cristo redactada por ministerio nuestro y escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo” (2 Co 3, 3). El mismo y único Espíritu guía y fortalece a la Iglesia en el anuncio de la Palabra, en la celebración de la fe y en el servicio de la caridad, hasta que el Cuerpo de Cristo alcance la estatura de su Cabeza (cf. Ef 4, 15-16). De este modo, por la eficaz presencia de su Espíritu, Dios asegura hasta la parusía su propuesta de vida para hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares, impulsando la transformación de la historia y sus dinamismos (DC 151).*

La acción vivificadora del Espíritu Santo descrita aquí es comprendida luego de forma más interiorizada cuando el Documento insiste:

*Jesús nos transmitió las palabras de su Padre y es el Espíritu quien recuerda a la Iglesia las palabras de Cristo (cf. Jn 14, 26). Ya, desde el principio, los discípulos habían sido formados por Jesús en el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 2); es, en la Iglesia, el Maestro interior que conduce al conocimiento de la verdad total, formando discípulos y misioneros. Esta es la razón por la cual los seguidores de Jesús deben dejarse guiar constantemente por el Espíritu (cf. Ga 5, 25), y hacer propia la pasión*

*por el Padre y el Reino: anunciar la Buena Nueva a los pobres, curar a los enfermos, consolar a los tristes, liberar a los cautivos y anunciar a todos el año de gracia del Señor (cf. Lc 4, 18-19) (DC 152).*

El Documento evoca la acción del Espíritu en términos de san Agustín, como propia del Maestro interior, pero no para ensimismarse, sino para hacerse cada vez más capaz de comprender la verdad total, que impulsa a la misión, la cual está enraizada en una experiencia comunitaria intensa, ligada a los sacramentos:

*Esta realidad se hace presente en nuestra vida por obra del Espíritu Santo que, también, a través de los sacramentos, nos ilumina y vivifica. En virtud del Bautismo y la Confirmación, somos llamados a ser discípulos misioneros de Jesucristo y entramos a la comunión trinitaria en la Iglesia, la cual tiene su cumbre en la Eucaristía, que es principio y proyecto de misión del cristiano. “Así pues, la Santísima Eucaristía lleva la iniciación cristiana a su plenitud y es como el centro y fin de toda vida sacramental” (DC 153).*

La Eucaristía emerge aquí como cumbre de la vida obrada por el Espíritu Santo, junto con los restantes sacramentos de iniciación en cuanto “principio y proyecto de misión del cristiano”. De hecho:

*Abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión, a través de la cual los dones del Espíritu son puestos a disposición de los demás para que circule la caridad (1 Co 12, 4-12)... Cada comunidad está llamada a descubrir e integrar los talentos escondidos y silenciosos que el Espíritu regala a los fieles (DC 162).*

Emerge aquí la acción del Espíritu Santo en interrelación con la caridad como capacitación para un amor particularmente individualizado, es decir, un aporte comunitario basado en los talentos de cada uno de los miembros de la comunidad. Se trata de una experiencia cotidiana:

*Esto opera en la vida diaria “dentro y a través de los hechos, las dificultades, los acontecimientos de la existencia de cada día”. El Espíritu, que todo lo hace nuevo, actúa aun dentro de situaciones irregulares en las que se realiza un proceso de transmisión de la fe, pero hemos de reconocer que, en las actuales circunstancias, a veces este proceso se encuentra con bastantes dificultades (DC 204).*

Lo que se presenta aquí como válido para todo cristiano, lo describe el Documento luego como propio de formas comunitarias nuevas:

*El Espíritu Santo sigue suscitando nuevas formas de vida consagrada en la Iglesia, las cuales necesitan ser acogidas y acompañadas en su crecimiento y desarrollo en el interior de las Iglesias locales (DC 222).*

No cabe duda que esta acción, descrita tanto del Espíritu como de los fieles que deben asumir la tarea de colaborar, se nutre en la “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo” (DC 247), de tal modo que el Documento constata:

*Allí, el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido (DC 251).*

De ahí que el Documento concluya: *Pero eso sólo puede suceder si valoramos positivamente lo que el Espíritu Santo ya ha sembrado (la piedad popular) (DC 262).* Y no cabe

duda que *los nuevos movimientos y comunidades son un don del Espíritu Santo para la Iglesia* (DC 311). Lo cual lleva

*a cultivar la esperanza como Él nos enseña, y a vivir en Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Por la fecundidad misteriosa de esta referencia, la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida* (DC 336).

Dicho significado, enfatizado por el Documento, adquiere ribetes de ternura cuando los obispos se refieren al acontecimiento de la presentación en el templo, que

*nos pone ante un encuentro de generaciones: los niños y los ancianos. El niño que se asoma a la vida, asumiendo y cumpliendo la Ley, y los ancianos que la festejan con el gozo del Espíritu Santo. Niños y ancianos construyen el futuro de los pueblos* (DC 447).

Impresiona el amplio encuadre que el Documento ofrece respecto de la acción del Espíritu Santo y que permanentemente abre el momento presente de la vida cotidiana a una proyección de futuro esperanzador.

*Sintetizando*, la acción vivificadora del Espíritu Santo al interior de la comunidad cristiana se puede verificar como una confluencia significativa de factores objetivos y subjetivos para una *koinonía* de vida natural y sobrenatural de los discípulos, quienes se ven impulsados y urgidos por el Espíritu Santo a la misión hacia afuera.

#### *4. La urgencia misionera de la comunidad cristiana hacia afuera bajo el impulso del Espíritu Santo*

La descripción detallada de la vida cristiana, intensamente gestionada al interior de la comunidad, se abre a la misión desde dentro hacia afuera. Los primeros gérmenes señalados son retomados y explicitados para aquel empuje misionero que caracteriza todo el acontecimiento de Aparecida. Lo recuerda el Documento así:

*...mientras elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos... No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en la Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias* (DC 14).

Este bellísimo texto, centrado en el descubrimiento de la "belleza y la alegría de ser cristianos", indica tanto el fundamento como la meta de la misión, de tal modo que el Documento puede insistir que los cristianos son

*animados por el Espíritu Santo, Espíritu vivificador, alma y vida de la Iglesia. Él, que ha sido derramado en nuestros corazones, gime e intercede por nosotros y nos fortalece con sus dones en nuestro camino de discípulos y misioneros* (DC 23).

Llama la atención el permanente nexo que establece el Documento entre el discípulo y el misionero, siendo el discipulado el fundamento de toda acción misionera, pues:

*Como discípulos de Jesucristo, nos sentimos interpelados a discernir los "signos de los tiempos", a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, quien vino para que todos tengan vida y "para que la tengan en plenitud" (Jn 10, 10) (DC 33).*



Resalta aquí la continuidad entre la misión del discípulo y la de Cristo, continuidad establecida en y por el Espíritu Santo:

*El Espíritu en la Iglesia forja misioneros decididos y valientes como Pedro (cf. Hch 4, 13) y Pablo (cf. Hch 13, 9), señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quiénes deben hacerlo (cf. Hch 13, 2) (DC 150).*

De este modo, el Documento no se cansa de insistir en el origen fundante de la misión:

*Por tanto el Señor sigue derramando hoy su Vida por la labor de la Iglesia que, con “la fuerza del Espíritu Santo enviado desde el cielo” (1 P 1, 12), continúa la misión que Jesucristo recibió de su Padre (cf. Jn 20, 21) (DC 151).*

Se trata, sin duda, de una tarea individual, pero que se abre continuamente desde la comunidad más cercana, la parroquia:

*Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización... El Espíritu Santo, que actúa en Jesucristo, es también enviado a todos en cuanto miembros de la comunidad, porque su acción no se limita al ámbito individual, sino que abre siempre a las comunidades a la tarea misionera, así como ocurrió en Pentecostés (cf. Hch 2, 1-13) (DC 171).*

Recalca el Documento la misión comunitaria desde la parroquia, pero se abre a todo tipo de comunidad, sobre todo, la vida consagrada, cuyas formas nuevas reconoció el Concilio Vaticano:

*La vida consagrada es un don del Padre por medio del Espíritu a su Iglesia, y constituye un elemento decisivo para su misión (DC 216). Hace más de cuarenta años, el Concilio Vaticano II reconoció la acción del Espíritu Santo en el movimiento por la unidad de los cristianos (DC 231).*

Pero no sólo las comunidades internas de la vida eclesial se ponen al servicio de la misión. También hay movimientos directamente volcados hacia afuera, como el movimiento ecuménico:

*Esperamos que la promoción de la unidad de los cristianos, asumida por las Conferencias Episcopales, se consolide y fructifique bajo la luz del Espíritu Santo (DC 232). Por el soplo del Espíritu Santo y otros medios de Dios conocidos, la gracia de Cristo puede alcanzar a todos los que Él redimió, más allá de la comunidad eclesial (DC 236).*

Son significativas, luego, las conclusiones a las cuales llega el Documento, cuando se refiere a la actividad misionera:

*“La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre” (AG 2) (DC 347).*

El gran anhelo de los discípulos misioneros es pues hasta poder contar con la actividad anticipadora del Espíritu Santo:

*Como discípulos misioneros, queremos que el influjo de Cristo llegue hasta los confines de la tierra. Descubrimos la presencia del Espíritu Santo en tierras de misión mediante signos (DC 374).*

Aquí resalta, sin duda, la vital presencia anticipadora del Espíritu Santo en la actividad misionera, que luego es llevada a su consumación definitiva a través de un proceso complejo de maduración.

*Sintetizando*, puede apreciarse que la insistencia del Documento en la misión de la comunidad cristiana hacia afuera se encuentra en continuidad con la experiencia de ser discípulo de Jesucristo, el misionero por excelencia.

#### *A modo de conclusión*

Podemos constatar que la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana se gesta fundamentalmente como dinamismo misionero que impulsa a la comunidad, la cual está constituida como unidad dada, proveniente de la misma Trinidad, que es su origen fundante dado, pero no acabado en su concreción histórica. Es decir, “en el Espíritu” se hace realidad la comunión del Padre y del Hijo en y por medio de los discípulos. Esto se plasma en la experiencia desbordante y gratuita de gozo y alegría, que Aparecida no se cansa destacar, cuando se refiere al “espíritu alegre de nuestros pueblos” (DC 106).

Este dinamismo misionero, que impulsa a los discípulos a ir más allá de las fronteras, - aunque a veces falta espíritu misionero en los discípulos, incluso “en miembros del clero” (DC 100e), constata el Documento-, no sólo urge traspasar los límites de la comunidad cristiana y su familiaridad interna, donde es posible encontrarse con la sorpresa de que el Espíritu Santo ya está actuando donde menos se espera, sino también centrarse en la convivencia concreta diaria de los discípulos, que anima y fortifica el mismo Espíritu Santo. El Documento describe, sin duda, esta animación interna con mucha delicadeza e insistencia, dedicándole muchos números explícitos en su argumentación bastante concreta, ya que “es necesario que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación” (DC 213). Se nota un verdadero desborde de gratuidad cuando el Documento se refiere a la relación de uno con el otro, es decir aquella libertad creadora tan propia del Espíritu Santo, que siempre despierta novedades inauditas, porque al Espíritu Santo nunca se le acaban las ideas.

Pese a la fuerte irrupción subjetiva, que se manifiesta a través de los dones más diversos presentes en la comunidad cristiana, el testimonio objetivo del Espíritu, que da credibilidad al Padre y al Hijo, se prolonga en la estructura institucional, propia de la dimensión cristológica y se verifica a través de la fe recibida, la caridad vivida y la esperanza ya iniciada, pero que tiende hacia el cumplimiento de las promesas eternas, que atestiguan los discípulos en la fuerza del Espíritu Santo. De este modo, el Documento esboza magistralmente la estructura eclesial cuando se refiere a cada diócesis y afirma que “con espíritu materno, está llamada a salir en búsqueda de todos los bautizados que no participan en la vida de las comunidades cristianas” (DC 168). Se plasma así una ligazón profunda entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana a modo del cuerpo animado por el espíritu. Pero más significativo me parece la referencia de Aparecida al Espíritu Santo como “Maestro interior”, pues explica la profundidad dinámica entre la Palabra de Dios y nuestra comprensión siempre nueva.

*En síntesis*, no podemos agotar la riqueza teológica con que Aparecida explica la relación entre el Espíritu Santo y la comunidad cristiana, pero sí podemos concluir que esta riqueza no tiene otra explicación sino en el origen fundante de la comunidad cristiana, que se constituye como donación incesante del Padre al Hijo, no reservándose nada para sí, sino sólo el ser Padre, como también del Hijo, quien devuelve todo al Padre, sin dejar de ser Hijo, pero vaciándose sempiternamente en bien de sus hermanos por medio de la *kenosis* de sí mismo, que se ha hecho realidad en la historia de salvación. Por lo tanto, cabe concluir que el Espíritu Santo no se vacía -no tiene *kenosis*-, a diferencia del Padre y del Hijo, lo cual, sin duda, se debe a que el Espíritu es bondad, la bondad por excelencia, que como tal desborda en la comunidad cristiana hacia una novedad cada vez mayor de formas y concreciones inauditas.